

## 4. Los principios de templanza de Daniel

Daniel pronto dio muestras de la notable habilidad desarrollada en años posteriores. Él y sus tres compañeros, quienes fueron seleccionados para servir en la corte del rey, eran de cuna principesca y son descritos así:

«jóvenes en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, doctos en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey» (Daniel 1:4)

Percibiendo los talentos superiores de estos jóvenes cautivos, el rey Nabucodonosor decidió prepararlos para ocupar puestos importantes en su reino. Para que estuvieran plenamente calificados para su vida en la corte, según la costumbre oriental, se les enseñaría el idioma de los caldeos y se les sometería durante tres años a un curso exhaustivo de disciplina física e intelectual.

Los jóvenes de esta escuela de formación no solo serían admitidos en el palacio real, sino que se dispuso que comieran de la comida y bebieran del vino que procedía de la mesa del rey. En todo esto, el rey pensó que no solo les estaba mostrando gran honor, sino que les estaba asegurando el mejor desarrollo físico y mental.

En la comida que se servía en la mesa del rey había carne de cerdo y otras carnes que la ley dada por medio de Moisés había declarado inmundas, y que a los hebreos se les había prohibido *expresamente* comer. Aquí Daniel fue sometido a una prueba severa. ¿Debía adherirse a la enseñanza divina, ofender al rey y probablemente perder no solo su posición, sino también su vida? ¿O debía ignorar el mandamiento del Señor y conservar el favor del rey, asegurándose así grandes ventajas intelectuales y las perspectivas mundanas más halagadoras?

Daniel podría haber argumentado que, dependiendo como estaba del favor del rey y sujeto a su poder, no había otro camino para él que comer de la carne del rey y beber de su vino. Pero Daniel y sus compañeros consultaron *juntos*. Consideraron cómo sus facultades físicas y mentales se verían afectadas por el uso del vino. El vino, decidieron, era una trampa.

Ellos conocían la historia de Nadab y Abiú, cuyo registro de intemperancia se había conservado en los pergaminos del Pentateuco. Sabían que por el uso constante de vino estos hombres se habían vuelto adictos al licor, y que habían confundido sus sentidos al beber justo antes de participar en el servicio sagrado del santuario. En su estado de embotamiento cerebral, al no poder discernir la diferencia entre lo sagrado y lo común, habían puesto fuego común sobre sus incensarios, en lugar del fuego sagrado encendido por el Señor, y por este pecado habían sido fulminados.

Una segunda consideración para estos jóvenes cautivos fue el hecho de que el rey, antes de comer, siempre pedía la bendición de sus dioses sobre la comida. Una porción de la comida, y también del vino, de su mesa se apartaba como ofrenda a los dioses falsos a quienes adoraba. Según las ideas religiosas de la época, este acto consagraba todo a los dioses paganos.

Daniel y sus tres hermanos pensaron que, incluso si no participaran realmente de las dádivas del rey, una mera *pretensión* de comer la comida o beber el vino, donde se practicaba tal idolatría, sería una negación de su fe. Hacer esto, de hecho, sería implicarse con el paganismo y deshonar los principios de la ley de Dios.

Daniel no dudó mucho. Decidió mantenerse firme en su integridad, fuera cual fuese el resultado.

«Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía» (Daniel 1:8)

En esta decisión había mucho en juego. Los cautivos hebreos eran *considerados* esclavos, pero Daniel y sus compañeros fueron particularmente favorecidos debido a su aparente inteligencia y su hermosura personal. Al tomar su decisión, no actuaron presuntuosamente, sino que revelaron un amor firme por la verdad y la justicia. No eligieron ser singulares, pero debían serlo, de lo contrario arruinarían sus propios caracteres, darían un mal ejemplo a otros y deshorrarían a Dios.

Entre los que hoy se profesan cristianos, hay muchos que decidirían que Daniel era demasiado *particular*, y lo calificarían de estrecho de miras y fanático. Consideran que el asunto de comer y beber tiene muy poca importancia como para requerir una elección tan decidida, una que implica el probable sacrificio de toda ventaja terrenal.

Pero en el día del juicio, aquellos que razonan así encontrarán que se apartaron de los requisitos *expresos* de Dios, y establecieron su propia opinión como un estándar de lo correcto y lo incorrecto. Encontrarán que lo que a ellos les parecía sin importancia no era considerado así por Dios.

Sus requisitos deben ser obedecidos *sacrosantamente*. Aquellos que aceptan y obedecen uno de Sus preceptos porque es conveniente hacerlo, mientras que rechazan otro porque su observancia requeriría un sacrificio, rebajan el estándar de lo correcto y, con su ejemplo, llevan a otros a considerar a la ligera Su santa ley. Un «Así dice el Señor» debe ser nuestra regla en todas las cosas.

Daniel fue sometido a tentaciones tan severas como cualquiera que pueda asaltar a la juventud de hoy; sin embargo, fue fiel a la instrucción religiosa recibida en la primera etapa de su vida. Estuvo rodeado de influencias calculadas para subvertir a aquellos que vacilarían entre el principio y la inclinación; sin embargo, la palabra de Dios lo presenta como un carácter *irreprochable*. Daniel no se atrevió a confiar en su propio poder moral. La oración era para él una necesidad. Hizo de Dios su fuerza, y en todas las transacciones de su vida, el temor del Señor estaba ante él.

Daniel poseía la gracia de una mansedumbre *genuina*. Era veraz, firme y noble. Procuró vivir en paz con todos, pero dondequiera que un principio estaba involucrado, era tan *inflexible* como el cedro altivo. En todo aquello que no chocaba con su lealtad a Dios, fue respetuoso y obediente con quienes tenían autoridad sobre él; pero tenía un sentido tan elevado de las demandas de Dios que los requisitos de los gobernantes terrenales eran considerados subordinados. Ninguna consideración egoísta podía inducirlo a desviarse de su deber.

El carácter de Daniel se presenta al mundo como un ejemplo *notable* de lo que la gracia de Dios puede hacer de hombres caídos por naturaleza y corrompidos por el pecado. El registro de su vida noble y abnegada es un aliento para nuestra humanidad común. De ella podemos extraer fuerza para resistir noblemente la tentación, y para, firme y en la gracia de la mansedumbre, defender lo correcto bajo la prueba más severa.

Daniel podría haber encontrado una excusa plausible para apartarse de sus hábitos estrictamente *temperantes*; pero la aprobación de Dios le era más preciada que el favor del potentado terrenal más poderoso, —más preciada incluso que la vida misma.

Habiendo obtenido, por su conducta cortés, el favor de Melzar, el oficial a cargo de los jóvenes hebreos, Daniel hizo una petición de que no comieran de la carne del rey ni bebieran de su vino. Melzar temió que, al cumplir con esta petición, pudiera incurrir en el disgusto del rey; y así poner en peligro su propia vida.

Como muchos en la actualidad, él pensó que una dieta *abstemiosa* haría que estos jóvenes parecieran pálidos y enfermizos, y deficientes en fuerza muscular, mientras que la lujosa comida de la mesa del rey los haría rubicundos y hermosos, y promovería la actividad física y mental.

Daniel solicitó que el asunto se decidiera mediante una prueba de diez días, durante la cual se les suministraría a los jóvenes hebreos comida sencilla, mientras sus compañeros comían de las delicias del rey.

La petición fue concedida, y Daniel se sintió seguro de haber ganado su caso. Aunque solo era un joven, había visto los efectos *perjudiciales* del vino y del vivir lujosamente sobre la salud física y mental.

Al cabo de los diez días, el resultado fue todo lo contrario de las expectativas de Melzar. No solo en apariencia personal, sino en actividad física y vigor mental, aquellos que habían sido *temperantes* en sus hábitos mostraron una superioridad *marcada* sobre sus compañeros que habían complacido el apetito. Como

resultado de esta prueba, a Daniel y sus asociados se les permitió continuar con su dieta sencilla durante todo el curso de su formación para los deberes del reino.

El Señor consideró con aprobación la firmeza y la abnegación de estos jóvenes hebreos, y Su bendición los acompañó.

«A estos cuatro jóvenes Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias; y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños» (Daniel 1:17)

Al expirar los tres años de formación, cuando su habilidad y conocimientos fueron probados por el rey,

«no halló entre ellos a otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías; y así estuvieron delante del rey» (Daniel 1:19)

«En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey les consultó, los halló diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino» (Daniel 1:20)

La vida de Daniel es una ilustración *inspirada* de lo que constituye un carácter santificado. Presenta una lección para todos, y especialmente para los jóvenes. Un cumplimiento *estricto* de los requisitos de Dios es beneficioso para la salud del cuerpo y la mente. Para alcanzar el estándar más alto de logros morales e intelectuales, es necesario buscar sabiduría y fuerza de Dios, y observar una templanza estricta en todos los hábitos de la vida.

En la experiencia de Daniel y sus compañeros tenemos un ejemplo del *triunfo del principio* sobre la tentación de complacer el apetito. Nos muestra que, a través del principio religioso, los jóvenes pueden triunfar sobre las concupiscencias de la carne y *permanecer fieles* a los requisitos de Dios, aunque les cueste un gran sacrificio.

¿Qué hubiera pasado si Daniel y sus compañeros hubieran llegado a un compromiso con esos oficiales paganos, y hubieran cedido a la presión de la ocasión, comiendo y bebiendo como era costumbre entre los babilonios? Esa sola instancia de apartarse del principio habría debilitado su sentido de lo correcto y su *abhorrecimiento* de lo incorrecto. La complacencia del apetito habría implicado el sacrificio del vigor físico, la claridad intelectual y el poder espiritual.

Un paso equivocado probablemente habría llevado a otros, hasta que, al cortarse su conexión con el Cielo, habrían sido arrastrados por la tentación.

Dios ha dicho,

«...porque yo honraré a los que me honran» (1 Samuel 2:30)

Mientras Daniel se aferraba a su Dios con una confianza *inquebrantable*, el espíritu de poder profético vino sobre él. Mientras era instruido por los hombres en los deberes de la vida cortesana, Dios le enseñó a leer los misterios de las edades futuras, y a presentar a las generaciones venideras, a través de figuras y similitudes, las cosas maravillosas que sucederían en los últimos días.